

BUEN HUMOR

26. ABR. 1925

CHÉMEROTON
MUNICIPAL

40 CÉNTIMOS



26. ABR. 1925

Dib. BON.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

—¡Encanto mío! Gracias a la Naturaleza nos hallamos en medio de un bosque.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por DIEGO MARSILLA

CUPÓN

correspondiente al núm. 178 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

14.—Charada.

Segunda tan segunda

En el prima-segunda o en el tercera

Y cómprate, pues, no es primera-cuarta

Una tres-tercia-cuarta

O una todo cualquiera.

15.—Uril en casa... y fuera. Léase horizontal y verticalmente.

× × × × — Nombre.

× × × × — En el queso.

× × × × — En la comida.

× × × × — Sin ella.

16.—Hace pasar muy mal rato.



SOMBREROS
BRAVE
6 • MONTERA • 6

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de abril.

17.—Abundancia.

N TU

18

CON — FI

NOTA

TU — RA

19.—Mi zapatero.

10005011000

MÚSICA SALUDABLE

Concurso de pasatiempos de febrero

Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada a presencia de varios *pierdetiempistas*, resultaron agraciados los señores siguientes:

Primer premio. — Una escribanía, al número 35, D. Simón López Jiménez, de Jerez de la Frontera.

Segundo premio. — Una pluma estilográfica, al número 58, D. Ernesto San Martín, de Chafarinas.

Tercer premio. — Una pillilla al número 13, D. Joaquín Beltrán, de Irón.

Los agraciados podrán recoger sus premios precisamente en nuestra Administración, cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

Concurso de pasatiempos de marzo

Soluciones.

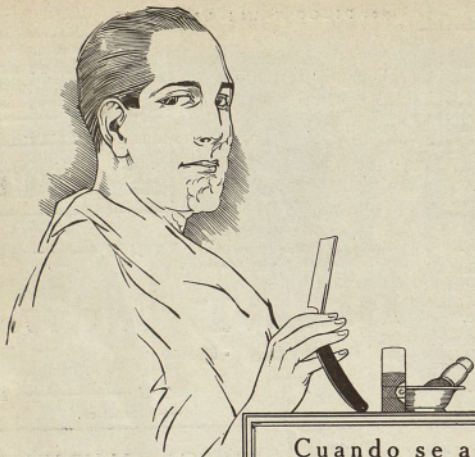
1. *Atanasia*. — 2. *Esquimalas*. — 3. *Pegafoso*. — 4. *Caleite*. — 5. *Romero Robledo*. — 6. *Justifarra*. — 7. *Casasillas*. — 8. *Orégano*. — 9. *Soberano*. — 10. *Collar*. — 11. *Al campeonato*. — 12. *Vándalos*, *suevos* y *alanos*. — 13. *Es-*

calinata. — 14. *Erial*. — 15. *Gastadores*. — 16. *Tovar*. — 17. *Escotapio* (Equivocada). — 18. *Estar a los pies de ustedes*. — 19. *Nadar entre dos aguas*. De los 12.807 *pierdetiempistas* que han enviado soluciones, sólo las han remitido exactas los que a continuación se expresan:

1. Adelita Peyrona, San Sebastián. — 2. J. Medialdea, Madrid. — 3. Manuel García Reyes, Madrid. — 4. José Antonio Meca, Lorca. — 5. Daniel Germán, Madrid. — 6. Angeles G. Solasche, Portugal. — 7. Antonio Ruiz, Málaga. — 8. Eduardo de Otaduy, Portugal. — 9. Familia Salvo, Madrid. — 10. Ricardo Abadías, Palencia. — 11. Dolores Naranjo, Portugal. — 12. Luis de Tabirao, Bilbao. — 13. Marichu Peyrona, San Sebastián. — 14. Encarnación Orbea, Sestao. — 15. Angelita Albaunza, San Sebastián. — 16. Fermín Loidi, Madrid. — 17. María Colón, Vitoria. — 18. Antonio de la Puente, Madrid. — 19. Maite Olarán de Betore, San Sebastián. — 20. Fernando Peña, Madrid. — 21. Luis Cancio, Valladolid. — 22. Rafael Castellano, Madrid. — 23. Fernando Díaz, Oviedo. — 24. Rosalía Álvarez, Madrid. — 25. Antidio Más, Sevilla. — 26. Porfirio

del Campo, Madrid. — 27. Baldomero Martín, Sena. — 28. Emilio San Martín, Chafarinas. — 29. Arturo de Liguera, Soria. — 31. N. N., Pizarro, 22, Madrid. — 33. Elena Jiménez, Madrid. — 35. José Luis Méndez, Madrid. — 34. Mercedes Peyrona, San Sebastián. — 35. Antonio Sánchez, Madrid. — 36. Joaquín García, Madrid. — 37. Concha Rodríguez, Santander. — 38. Eloy del Puerto, Madrid. — 39. José Requena, Cartagena. — 40. Carmen Soriano, Madrid. — 41. Encarnación de la Cuesta, Madrid. — 42. Rafael Arizcún, Melilla. — 43. Esperanza Prieto, Madrid. — 44. Simón López, Jerez de la Frontera. — 45. Carmen Domínguez, Portugal. — 46. Gabriel Sechi, Madrid. — 47. Alvaro González, Madrid. — 48. Luis Cuenca, Madrid. — 49. Marcos González, Portugal. — 50. Valentín Quintas, de Melilla. — 51. Juan Carrión, de Madrid. — 52. José Puente, de Tenerife. — 53. Carlos Rivera, de Madrid. — 54. Ketty Arana, de Madrid. — 55. Enrique Pineda, de Segovia.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), el día 30 del corriente a las cinco de la tarde.



UNA
PESETA
EN TODA ESPAÑA

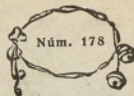
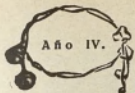


Cuando se afeita cambia Ud. de expresión

y mejora notablemente su aspecto
personal. Aféitese a diario, usando la

Barrita Gal para la barba

Facilita y abrevia la operación del
afeitado. -- La abundante espuma
que forma en el acto, permite que
la hoja se deslice sobre la piel su-
ave, segura y rápidamente. Com-
pre Ud. hoy mismo una barrita
de jabón Gal en la primera perfu-
mería o droguería que encuentre.



FRUSLERÍAS

EL CALVARIO DEL QUE EMPIEZA Y ACABA



publicado, al fin, mi primer artículo en *La lira juvenil*!

El padre.—¡Hum! ¿Y cuánto dinero te han dado por tus cuartillas, por las noches que te pasas en vela, por tanto librote como vas amontonando en tu cuarto?

El hijo.—No seas materialista, papá. ¿Quién piensa en la calderilla? ¿Y el júbilo de ver mi nombre en letra impresa?

El padre.—¡Hum, hum!

II

El hermano mayor.—Siempre estás con periódicos y papelotes...

El hermano, de veinticinco años.—¡Soy feliz, querido! Público en todas partes; en *El clamor*, de Bratanda; en *El adalid*, de Calabuenda; en *El defensor de Carrizo*... Y aquí, en Madrid, en *Lirios y espinas*, en *La revista de socorros mutuos*, en *El Bru-mas*.

III

Un compañero de oficina.—Vamos, Gutiérrez, vamos... Ya he visto; ya he visto en *La Esfera* tus versitos... No están mal. Los harás mejor. ¿De dónde los has «fusilado»?

Otro compañero de oficina.—¡Hay que ver, con la cantidad de originales que tienen en *Blanco y Negro*, y te publican ese cuento! ¿Lo cobras bien?

El escritor, que tiene treinta años cumplidos.—¡Lo cobro muy bien!

El primer compañero.—¡Anda! Y también cobras en *El Sol*, y en *Nuevo Mundo* y en la *Novela Corta*...

El escritor.—Es que aprie-

to, señores. Llevo no sé cuántos años escribiendo... Ya era hora.

El segundo compañero.—Eres el hombre de la suerte. A muchos escritores conozco, bien viejos, y con una nube de hijos, que no consiguen «meter» un artículo en ningún diario ni siquiera de provincias... Y te advierto que tienen mucho talento. Enhorabuena, queridito... ¡Ji, ji, ji...

IV

Los colegas leen:

«El libro del Sr. Gutiérrez, apacible, sentimental, está bien escrito, aunque no añade nada a su nombre. Es una de tantas cosas suyas, con más «manera» que «estilo». Se da cierta maña para describir la vida de las chalequeras, de los empleados del autobús, de las con-

cejas... Pero no olvide el Sr. Gutiérrez la frase del divino Gabele: «O rinovarse o morir»...

V

Diez años después:

Dice *El clamor*: «La comedia del señor Gutiérrez no se parece en nada a las anteriores que hemos aplaudido. Se desarrolla en un medio exótico y su intención simbólica—si la tiene—naufraja bajo un lenguaje artificioso, har-to distante de aquel sencillo y claro a que nos tenía acostumbrados. ¿Decadencia? ¿Desorientación? ¿Cansancio?

VI

Veinte años más tarde:

Dice *El alarido*: «La novela del señor Gutiérrez encierra aun conclusión de un pesimismo amargo. Ya estamos lejos de aquella juvenil efusión, de aquel amor a la vida que resplandece, por ejemplo, en los libros de su primera época. No hay nada peor que llegar a viejo, a esa edad terrible de la torvedad, de la hiperclorhidria, de la arterio-esclerosis...»

VII

Uno de la tertulia.—Ese pobre Gutiérrez será académico, según me han dicho.

Otro del mismo grupo.—¡Ah! ¿Pero, vive todavía Gutiérrez?

Otro.—Sí, hombre; y lo peor es que esta noche saldrán los periódicos llamándole otra vez «maestro de maestros»...

Uno.—¿Y tú crees en él?

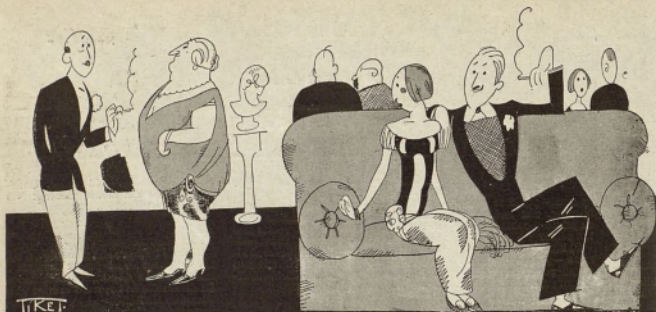
Otro.—¡Quita! ¡Yo qué voy a leer nada de ese viejo candongo!

Otro más.—Pues ahí le tienes: es una gloria nacional, a quien nadie hemos leído. ¡La gloria desconocida! Da asco vivir en esta tierra... ¡Tú, Paco, tráeme café y dile al chico que venga con unos puros. Voy a ver si reviento esta noche!



Dib. SILENO.—Madrid.

E. RAMÍREZ ANOEL



Dib. TIXET.—Madrid

ELLA.—¿Te has fijado en la falda de la marquesa? Es de un color subido...
EL.—¡Y tan subido!

CAPRICHOS HUMORÍSTICOS

El hombre lapidado, por los edictos

Hay un viandante parado empedernidamente en el sitio en que se suelen pegar los edictos, en esa esquina de la Puerta del Sol en que los edictos toman importancia y se leen más que en ningún sitio.

Los pegaedictos llegan con sus grandes papelones enrollados debajo del brazo y como el viandante que descansa en esa esquina, no quiera quitarse los pegan encima de él.

En ese momento negativo de la autoridad no se pueden tener contemplaciones y miramientos.

Y así, en la Puerta del Sol, ha quedado lapidado detrás de los Edictos un pobre viandante sordo a los requerimientos de los pasquineros del César.

El secreto de la gran modista

Aquella modista que hacía los perfectos trajes ceñidos, adaptados, maravillosos, era muy sencilla.

Lo primero que hacía era desnudar a la cliente y dibujarla sobre el desnudo el traje que mejor la podía ir.

Después la hacía la primer prueba de ese traje inconfundible.

Después la hacía la prueba de los hilanes.

Después la probaba el forro.

Después, por fin, la probaba las solapas o el descote.

Seudónimos aurirroscados.

Hay unos pseudónimos de las correspondencias de las revistas que son verdaderos hallazgos entre las florecillas del bosque.

«Amaranto», «Dama de los vientos», «La caprichosa del Valle», «Flor delicada», «Aromática», «La Blondia», «Campanilla azul», «La Marquesa Verdeoro», «La niña repujada», «La del otoño ojoso», «Rosa pálido», etc.

Máscaras engañosas como las de un baile de máscaras, han sabido escoger los pseudónimos aurirroscados, los infelices pseudónimos que devuelven a la vida su moda antigua.

El inventor de una horca modernizada

La horca es el mejor sistema de ejecución pues el sentenciado a ella muere de un modo más propio y es como si se suicidase, lo cual alivia al crimen. La horca debe ser más breve y el ahorcado debe ser auxiliado por algo que disimuladamente agrave el peso fatal.

El inventor de la horca perfeccionada reseñó su invención en varios centros oficiales y se ofreció a ejecutar al primer sentenciado que cayese en turno a la hora del experimento...

Pero nadie tomó en serio aquel invento, ni les pareció bien someter a un sentenciado a muerte a la invención de un cualquiera.

Desesperado entonces el inventor de la horca práctica se ahorcó de su aparato.

A la humanidad de comprensión tardía la tocaba cargar con la responsabilidad y el remordimiento de conciencia que aquel crimen entrañaba.

El elefante del parque

Por diez céntimos se subían los niños a la grupa de aquel tremendo elefante, obeso hasta dejar de ser un caso clínico de como se escapaba a toda clínica posible.

En la tarde de autos, un solo niño había entrado en el parque y era el que estrenaba al elefante temblando, dormido ser de otras edades, aunque de carne.

El elefante indignado, rabioso, sintiendo la desproporción de aquella vuelta solo por diez céntimos al llevar solo un niño en vez de ser dignificado como barco de muchos, tomó al niño con su trompa y dándole un boleo de pelotari magnífico ¡pum! lo lanzó a los cielos donde aquella vez fué material verdad que subió el alma del niño.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Dib. GALINDO.—Madrid.

—¿Y es cierto que hacen ustedes liquidación de existencias?
—¡Sí, señora! Ya ve usted, en esta semana se han suicidado el principal y cuatro dependientes!...

COSAS DE MI VIDA

CÓMO Y POR QUÉ ROBÉ EN EL HOTEL NACIONAL

¡Se acabó!

¡Hoy, lectores, para descargar mi conciencia, como si se tratase de una «browning», voy a confesar el último gran secreto que oculta mi atribulado y palpitante corazón.

Ya el título que encabezaba este trozo de mi existencia les habrá puesto al tanto de lo que se trata. Efectivamente, señores, fui yo quien robé en el Hotel Nacional la célebre noche que vive en la memoria de todos. Alguno de ustedes ya se lo habrá supuesto; el robo se efectuó en tales condiciones de limpieza, impunidad y misterio que sólo un hombre como yo, acostumbrado a toda clase de estrepitosas aventuras, ha de ser el ladrón.

¿Cómo puedo decidirme a ponerles a ustedes al corriente de aquello? No lo sé. El cerebro humano es una maldad sin cabos. Quizá todo estriba en que no puedo sufrir el remordimiento; tal vez obedezca a que quiero mostrar a la policía española los medios de que nos valemos para robar los grandes ladrones.

El por qué de mi robo es claro como el café de un tupi. Robé porque necesitaba dinero: por la misma razón escribo y «hago literaturas» (1). Cuando supe que en ese Hotel amplio y soleado había una respetable cantidad de billetes de Banco, sufrí un desvanecimiento de gozo impalpable. Después, me hice la auto-proposición de que aquellos billetes pasasen a mi poder de un modo tan indiscutible, como fulmineo. Tracé un plan digno de un especialista y aguardé a la noche, encubridora admirable de toda clase de hechos delicativos.

Aquel día anocheció cuando el sol se puso, cuando el sol se puso en situación de hacer mutis. A la once y seis minutos me vestí mi traje de *Fantomas*.

Es muy posible que ésto le sorprenda a ustedes, y, sin embargo, si se considera bien, no hay razón para sorprenderse. Todos los ladrones que se estimen, visten el traje de *Fantomas*. No puede decirse que el tocado sea difícil de adquirir; todo él se reduce a una malla negra, muy tupida, una linterna eléctrica y cinco o seis llaves maestras, pero maestras superiores. A veces, se le puede añadir al *trousseau* un frascito de cloroformo y una mascarilla de algodón, ligeramente hidrófilo.

El traje no tiene más que una contraindicación: que «ara vestirlo hay que desmenuzarse previamente, por lo cual se puede robar así el tiempo no lo impide». Pero si el tiempo está crudo, le frien a uno el negocio.

Peritrechado de esta manera, me dirigí aquella célebre noche al Hotel Nacional. Y ahora, alienda la policía cómo ocurrió todo.

Entré por la puerta principal, a fin de no despertar sospechas. Y entré, naturalmente, vestido con mi traje de *Fantomas*. El portero se quedó un poco extrañado.

—¿A dónde va usted?

Me detuve un momento y repuse:

—¿Le choca el traje? No le choca; es que soy gimnasta del circo de Price y me han robado la ropa de calle.

—¿Que es usted gimnasta?

—Sí, señor. Se lo voy a demostrar. Y, para demostrárselo, en dos salos traspaso la escalera y me encontré en el piso principal. Así, sencillamente, entré en el Hotel. El portero, convencido de que era un gimnasta, no me molestó lo más mínimo.

Y ya dentro del Hotel, comencé a recorrer galerías buscando el cuarto donde yo sabía que descansaba el huésped adinerado. Nadie se veía por parte alguna. Nadie me interrumpió en el comienzo de mi trabajo.

Encontrado el cuarto en que tenía planeado robar, me dispuse a empezar la tarea. Miré por el agujero de la cerradura, apliqué el ojo: el huésped roncaba en la bemoi. Todo iba bien. Introduje la llave maestra y, con igual cuidado que si se tratase de un niño pequeño, la hice jugar. Iba ya a descerrar el pestillo cuando, en la galería, apareció un celador. Tuve que enderezarme, le hice el y repetir el truco de la gimnástica. Logré idéntica victoria que con el portero. Segundos más tarde reanudaba mi tarea y entraba en el cuarto del huésped elegido.

Los periódicos han afirmado que se utilizó el cloroformo para conseguir el equitativo traslado de los billetes desde el bolsillo del huésped hasta el bolsillo del ladrón. Nada más alejado de la verdad.

Yo no utilicé el cloroformo. Por el contrario, al entrar, desperté al huésped adinerado, dándole un golpecito en el hombro. Levantó la cabeza, encendió la luz y se me quedó mirando algo asustado.

Yo le tranquilicé con la mejor de mis sonrisas.

—Caballero—le dije—. No soy un ladrón, como usted tal vez esté sospechando en este instante.

—¡Ah! ¿No?

—No, señor. Soy un empleado del Hotel.

—Pero ese traje...—susurró extendiendo un dedo y señalando mi malla negra.

—Este traje no es sino un tocado lo suficientemente teatral para que resulte pintoresco. En dos palabras, caballe-

ro—concluí—soy un prestidigitador, al servicio del Hotel para entretener los insomnios de los huéspedes.

—¿Sí?—dijo con alegría—. ¡Me encantan los prestidigitadores!

Y el huésped se sentó en la cama, dispuesto a gozar viendo mi trabajo. Yo me apoderé de su cartera y de sus alhajas con unos elegantes movimientos de *estrella* de las variedades (con permiso de Sam). Cuando iba a hacer mutis con el botín, el huésped dudó de mi personalidad de prestidigitador y comencé a gritar:

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Lo juró. Fue entonces cuando le di el cloroformo. Pero como ve el lector, se lo di después de la operación.

Esto, con ser tan célebre, no lo ha hecho jamás el doctor Goyanes.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

LOS PENDIENTES DE MODA

¡Oh, lectoras complacientes: No he visto cosa más grata que esas *bolitas* de plata que ahora lleváis por pendientes!

Fingen, ¡oh amables chiquillitas!, áureas bombas diminutas, junto a las sabrosas frutas de vuestras lindas mejillas.

Y en la oreja candorosa que oyó del amor el ruego... son ¡como insectos de fuego sobre el botón de una rosa!

Pero, imágenas a un lado, y abriéndolas el alma toda, sabed que a mí la tal moda me tiene un poco escamado.

Porque es lo que digo yo: «Siempre en las bocas ajenas halo *bolitas* a docenas; pero en las mías, no».

¿O es que en retredo constante de la eterna bola nuestra, queréis decir: «Para muestra, con estas tengo bastante?»

Pues si es así, y vuestras iras así mostráis solapadas, ¿qué váis a hacer, desdichadas, sin vuestras dulces mentiras?

Pendientes resplandecientes siempre, en prueba, habéis llevado de haber de continuo estado de nuestros labios *pendientes*.

Razón por la que yo creo que el pendiente no es adorno, ya que de una rosa en torno, cualquier cachivache es feo.

Pues, del amor dulces rejas... nidos de arrullos y quejas... y *ricas* como ellas solas... son vuestras lindas orejas... ¡Y esas sí que no son *bolitas*!

JAVIER DE BURGOS

(1) Hay días en que se levanta uno con ganas de decir cosas raras.



Créame usted, mi querido amigo: la mujer es un arcano incomprensible. Se lo dice un desengañado que aún tiene abierta en el corazón la última herida... Verá usted como fué:



«La ví por la calle, pesó por mi lado... Bueno, usted sabe que soy algo corto de vista, pero no tanto que no me clara cuenta de la gentil silueta de aquella rubia que el Supremo Heccecor ponía en mi camino.



Seguía. Durante un buen rato recorrí mi ca-
llecillo, plácese, plácese no qué sé! Arrabado,
emblesado y aspirando el delicioso resto de
perfume que tras sí dejaba.



Decidido a todo, iba verificando en su
oído lo más florido de mi repertorio
amoroso, plácese con vivos e la par
que delicados colores todo el fuego de
mi lácipiente pasión.



Desapareció en un portal.
Quedéme en la calle, dispuesto
a averiguar quien fuere aquella
angelical criatura, a no parar
hasta conseguir declararle vol-
cánica amorosa pasión en que
mi pecho juvenil se abrenaba.



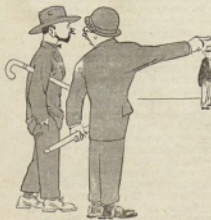
Pasé a la ctra acera
para dominar el campo
de mis observaciones y
esperé; esperé con la fe
que la pureza de mis
sentimientos me había
abrigar. Pero...



Aquello, mi querido amigo, fué terrible,
inaudito, horrendo; sólo el recordarlo me
espeluzna y el rubor arrebola mis mejillas.
La rubia de mis pensamientos salió a un
venenoso, a donde se acercó un vejete con
quien cubiertos breves momentos. Tras el
viño se acercó un adolescente; luego un
soldado... después, cien más.



Desengañado para siempre de la velozosa
rubia, aprendí la partida, trasponiendo de do-
lor... ¿No me cree usted, mi querido amigo? Si-
game sin pérdida de tiempo, y podrá apreciar
por sus propias ojas toda la magnitud de mi
desgracia...



Allí, en aquella ventanuca, está ella, dando coba
a todo el que quiera acercarse ¿Lo vé usted?



—¡Ya lo creí!... ¡Como que
aquí ventanuco, como usted le
llama, es la taquilla y la rubia
la taquillera del Mussolini-Ci-
nema!

LA PASCUA DEL CORDERO

Corderillo que balas
en el aprisco
y por el monte salías
de risco en risco,
ha llegado tu Pascua,
fiesta divina,
que aunque pasan los años
jamás declina,
y aunque el caso nos cueste
muchas pécetas
¡siempre la celebramos
con tus chuletas!.....
Recental inocente,
tierno y sencillito,
ya el fiero matarife
blande el cuchillo.
Ya para tu existencia
no hay esperanza
¡ha sonado la hora
de la matanza!
Que como la Cuaresma

nos dejó flojos
la gente espera ansiosa
vuestros despojos.
¡Qué sabrosos asados,
qué calderetas
se harán con tus costillas
y tus chuletas!
¡Qué menestras tan ricas
y qué sabrosas
se han de hacer con tus carnes
apetitosas!
¡Qué rica rebosada
tu mano tierna!
¡Qué estupenda en el campo
será tu pierna!
Pues, ¿y el frito variado
que de fi sale?
¡No hay en el mundo un plato
que se le iguale!
Que no hay aquí una boda
ni hay un bautizo

en que de tu concurso
falte el hechizo.....
Pero, ay, cordero triste,
llegó el degüello;
el coriente cuchillo
siega tu cuello.
y aquella corderita
de tus amores
que escuchó tus balidos
halagadores,
recordará tu muerte
con loco espanto
vertiendo ante tu ausencia
mares de llanto.

Que aunque la Pascua es fiesta
grata y jocunda,
siendo como tu Pascua
¡Dios la confunda!

MANUEL SORIANO

EL CIRUJANO

Le aseguro que funcionará, déjese cortar una pierna y verá como no sólo no le da dolor, sino que le colocó otra articulada tan perfecta como la que usted lleva ahora.

Yo me resistía tenazmente, y no es que quisiera molestar al cirujano, pero me daba cuenta de que a fuerza de haber vivido años y años sobre mi pierna, había terminado por tomarla un cariño fraternal.

—Déje usted mi pierna, le decía, la tengo mucho cariño; de pequeño me retrataron mordiéndome ese pie, y aunque de mayor no lo he seguido haciendo, porque mi esposa no me deja, es un gesto que nunca podré olvidar.

El cirujano insistió:

—Pues no sabe usted lo que se pierde, precisamente acabamos de recibir un envío de Alemania, que es cosa fina. Piernas de goma y de madera, de aluminio y de celuloide.

Piernas de todos los tamaños y de todas las estéticas, tobillo fino, tobillo grueso, pantorrilla alta o baja, rodillas delicadas, ricos mustos de tobillera...

El doctor se animaba con su descripción, mas tuve el sentimiento de volver a negarme a ello. No me quería operar, entre otras cosas, porque no tenía ni la más leve enfermedad en ninguna de mis extremidades inferiores.

—Enséñeme su pie y su pierna, yo le diré si tiene algo. Me dijo el cirujano.

Me quitó un zapato y su correspondiente calcetín, y subiéndome el pantalón, extendió mi pierna derecha, bajo la mirada doctoral del doctor. La examinó con cuidado, apoyando los dedos de trecho en trecho.

—No encuentro nada enfermo, he de reconocerlo; quizás esto negro, añadido señalando al pie.

Yo le tranquilicé. Eso se quita fácilmente, es cuestión de frotar.

El galeno desconfiando, pasó un cepillo húmedo por la parte negra que se fue tornando blanca.

—Es cierto, mas a pesar de todo creo que debería usted sustituir esta extremidad por otra artificial. Es más limpio y además no se nota cuando se la pisan.

He de confesar que esto ya me fue convenciéndome algo, pero aún me quedaba un cierto reparo en consentir a efectuar ese cambio.

—Decídase—insistía el doctor—le costará baratísimo, y podrá usted lucir su pierna en todas partes.

Mi voluntad flaqueaba porque la tentación era grande.

—Veamos—le dije—yo me dejaría cortar la pierna y colocar otra, pero dígame antes lo que me va a costar la operación.

—Nada, no le costará nada, yo le colocó la otra pierna artificial a cambio de que usted me regale la suya natural.

—¿Y qué va usted hacer con ella? le pregunté, ¿comérsela acaso?

—No, la tengo pedida, es un capricho que teniendo ya una artificial quiere la suya porque le han dicho que juega usted al fútbol y tiene un choot muy fuerte. El también quiere jugar y desea su choot y claro su pierna... El trato era magnífico, yo regalaba mi choot, pero a cambio poseería una hermosa pierna de celuloide en la que podría dibujar y apuntar imágenes que

podrían ser borradas luego con una esponja. No es necesario que aclare más; todos saben lo delicioso que resulta poseer semejante artilugio, y todos en el fondo de su alma desean cambiar una de sus piernas por otra como la que me ofrecían a mí.

Pero otra razón contenía mi deseo, y era que ignoraba la pericia del doctor; le pregunté: ¿Y ha tenido usted algún éxito últimamente? ¿Ha realizado alguna operación importante?

El cirujano sonrió, y me inició en tono de condescendencia: —Yo me hice famosos años atrás, con motivo de una catástrofe ferroviaria. Prestaba yo mis servicios en el hospital, y comencé a traer heridos; los más graves fueron destinados a mi sala, y me dispuse a curarlos a todos.

Seis operaciones arriesadísimas realicé en menos de un cuarto de hora, ante los ojos de mis ayudantes.

Extraje tres sesos que limpié cuidadosamente y volví a colocar en su sitio, y compuse tres corazones, después de haberlos separado de sus cuerpos. Esto fue lo que me dió más fama como cirujano.

El relato me había entusiasmado, y le hice la última pregunta: ¿Y diga usted, doctor, y que dijeron los heridos al curarse?

El cirujano me contestó sin darle importancia: —¡Ah! nada; habían muerto todos al arrancárseles los órganos afectados.

Ya no lo dudé más, y extendí mi pierna dispuesto a que me la cortasen en lonchas, como el salchichón.

EDGAR NEVILLE

LOS HUMORISTAS POR DENTRO

LINARES RIVAS

—¿Eh?...
 —¿Que cuantos años tiene usted!
 —¡De Santiago!
 —Que cuantos años hace que...
 —Muy joven, diez y siete o dieciocho años... «Aires de fuera»...
 —¿Es usted sordo!
 —¡Un horror!... Setenta, ochenta.
 —¿Setenta años tiene? —le decimos— muy bajito.
 —Setenta, ochenta obras tengo estrenadas...

—¡Ah!...
 —Bueno. ¿Y cuál le parece a usted la mejor?

—Una que estoy haciendo.
 —¿Como se titula?
 —¡Ah! No lo sé... A mí, las que más me gustan son las que no he estrenado.
 —Cuando estrena usted, ¿pasa malos ratos?

—No, señor. Porque el miedo ya lo he pasado antes; el día del estreno, soy algo intransigente a la decoración. Me entero por los amigos...

—¿De qué manera escribe usted sus comedias? ¿Va construyendo por actos?

—No, señor. Yo empiezo por el final, que es lo que tiene sentido común... Y para llegar al final, ya buscaremos el medio...

—¿Le gusta hacer cuentos?
 —¡Cá! Los cuentos, nadie los lee. Soy un experimentado, y un convencido... ¡la práctica enseña mucho! Hace poco, este verano, me acabé de convencer. Estábamos, en la aldea, reunidos en una casa, una porción de amigos. La gente joven, —¿cómo no?— se daba al fox, con pasión; la gente de edad, hablaba...

—¿Usted no escucharía?
 —Hombre, sí... Bueno. Pues en esto, llegó el «Blanco y Negro», que publicaba un cuento mío. Aquel número corrío de mano en mano. Pero nadie me dijo ni una pa'abra. Y no es que no lo oyera, es que nadie se fijó. Es explicable. Yo no estaba en aquel número, de *san-tos*. Y como la gente, solo mira las estatuas...

Hizo una pausa. Sonreímos.
 —Otras veces doy un refrito. ¡Pues, ni se enteran!... El cuento aunque mucha gente lo hace pocos saben escribirlo. A mí, me pasa una cosa muy curiosa que me recuerda una anécdota de Fernández y González. Había en aquella época, una tradición desmedida, por los grandes folletines, que se editaban por entregas. Estaba escribiendo y publicando al mismo tiempo, Fernández y González una de sus más terribles y folletinescas producciones, que no eran por cierto del agrado del público,

ni del editor. Este se lo dijo. «No se preocupe. En el próximo cuadernillo concluye la novela». El editor extrañado, comentó: «¿De qué manera? ¿Si hay más de cuarenta personajes en danza? A lo que contestó el escritor: «Muy fácil. Los voy a embarcar a todos, y voy a echar a pique el barco»... Así, yo, cuando llvo escritas muchas cuerrillas, también procuro buscar el medio de embarcarlos y echar el barco a pique...

—¿Qué eficiones tiene usted, además de la de escritor?
 —¡Pch! ¡Ah! Los toros. Si he sido hasta torero...

—¿Qué otras cosas le gustan?...
 Linares Rivas se rasca su barbita rala, y exclama:

—Las mujeres.

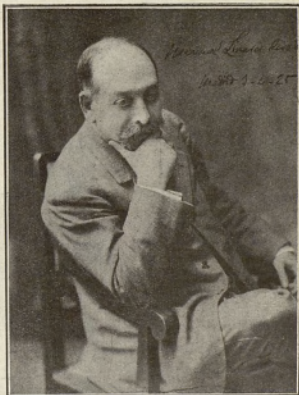
—Enhorabuena. Estamos en una época, que eso vamos a tenerlo que poner en las iartejas... Y dígame: ¿Las del teatro?...

—Sí. Es decir. Las del teatro y las que no lo son... Porque en el fondo todas son unas excelentes comediantas.

Linares Rivas, es del antiguo régimen. Fué senador, y alguna vez, actuó en política. Por eso le preguntamos:

—¿Ha echado usted de menos, ahora, la política?

—¡Cá! No, señor. Yo no soy, ni he sido político, aunque milito en un partido. Me pasa lo que con los santos de los pórticos de las iglesias. Todos sabemos que no son santos...



—¿Qué actriz le parece a usted la mejor?

—¿Cómo?... ¡Ya le he dicho a usted antes que soy de Santiago!...

Linares Rivas, el ilustre Linares Rivas, se vuelve *más* sordo, a otras preguntas más. Ciertamente, que no hay peor sordo, que el que no quiere oír. Y el prolífico dramaturgo explota su sordera...

Yo creo que es su *manera* de crear. Así puede sorprender diálogos que luego lleva a la escena. Lo que sucede, es que, como naturalmente, no oye del todo bien, le llegan fragmentariamente las conversaciones; entonces, llena con su ingenio las lagunas que abre su sordera... De ahí, que sus parlamentos

sean tan cuidados; que todos, hasta la más modesta sirvienta, o el más ignorante palurdo diga a veces frases, intencionadas o versallescas, que espantan. Es que no las ha oído bien, y pone entonces lo que puede de su cosecha...

No. No le creáis muy sordo, al aplaudido dramaturgo. Por si acaso, que no se escape cerca de él ninguna cosa que no deba oír. ¿Que está *teniente*? Pero de complemento.

Yo le colgaría, de sus lóbulos unos cartelitos que dijeran.

«Desconfiad de las imitaciones.»

Además, no olvidéis, que es gallego.

Por si acaso... ¡Si lo sabré yo!

ESTEVEZ ORTEGA



Dib. SÁENZ.—Madrid.

—Dice aquí que al morir estabas ¡alumbrao!

—¡Falso! ¡No me gusta el vino!

—Y cómo explicas que lo ponga?

—¡Como no sea que me mató un toro cuando estaba dando un farol!

GALERIA PINTORESCA

¡HOY MISMO!

XXI

Ya van picando en historia, que es picarnos en lo vivo, la autoridad, el descaro, la osadía y el cinismo

con que muchos anunciantes nos *ordenan*, por lo visto, que pidamos sus productos y los pidamos hoy mismo.

¿Que es eso de conminarnos que es casi casi exigirnos no a que compremos con calma sino a escape, a plazo fijo?

En vez de anunciar sus muebles, sus motores o sus discos con humildad, con modestia como quien pide un auxilio,

lo dicen de una manera tan despótica, repito, que dan ganas de mandarlos a un sitio muy conocido.

Para algunos mercachifles que el anunciar es su oficio, nadie tiene que hacer nada más que esperar sus avisos.

¿Que tiene usted un asunto de importancia y urgentísimo? No importa; lo deja todo y abandona el domicilio,

para que antes de la noche sin pretextos ni remilgos, pida usted ese jarabe con el cual tose lo mismo.

¿Que está la novia en la iglesia con el cura y los padrinos esperando que usted llegue y en santa coyunda unirlos?

pues que se espere la boda porque hay unos calzoncillos que se venden muy baratos y hay que pedirlos hoy mismo.

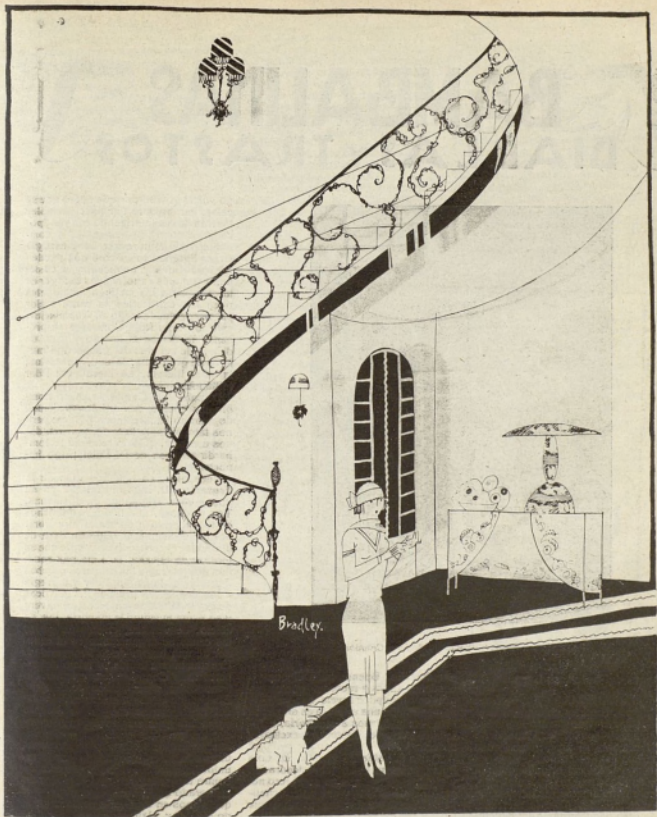
No puede usted afeitarse porque es tarde y es preciso pedir hoy mismo ese coche... que después no anda ni a tiros.

Y la esposa que se aguarde y que aguarden los amigos y la oficina que espere aunque le cueste el destino.

Hoy mismo hay que hacerlo todo para que llegue el pedido, y hoy mismo escribir la carta y hoy mismo hacer el envío.

Y si lo que nos remiten tiene el aspecto de un timo ¿cuándo vuelven el dinero, digan ustedes? ¿Hoy mismo?

FIACRÓ YRÁYZOZ



POLLOS BIEN

Dib. BRADLEY.—Madrid.

—Dos horas llevo aquí y aun no ha terminado de ponerse la corbata este Juanito... ¡Bien dijo el que dijo: el que espera desespera!...

BAMBALINAS

DIABLAS Y TRASTOS.



PILAR MILLÁN ASTRAY.—Escultura de Juan Cristóbal.

"La tonfa del bote", en Lara.

Conoci a Pilar Millán Astray hace unos años... (Este es un síntoma buenísimo, Pilar, de que vuestro renombre se extiende y consolida. Cuando no somos célebres ni prometemos cosa alguna, nadie nos conoce, pero en cuanto asoma la celebridad empiezan a salir antiguos amigos, presumiendo, como si fueran niñas, de haber dado a las celebridades harina lacteada, cuando eran pequeños. Aquí del chico aquel que, viendo a otro en posesión de una zanañoria y dispuesto a engullírsela, se acerca y le dice: «Tu padre es tío mío», a lo que el otro le contesta: «Me queda poca». Esto es psicología, hacerse cargo y contestar

por derecho. Bueno; pues el que yo comience ahora a recordar que os conocí en otra época revela que ya sois un personaje, una criatura en situación de poder invitarnos a zanañoria, estofada con laureles de vuestra exclusiva cosecha.)

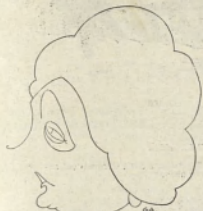
¡Quién lo había de decir!... D. Luis Ruiz Contreras, ese hombre decorativo y gigantesco que usa un sombrero negro de anchas alas y una pulcra chalana de franela blanca; ese hombre que lleva a sus secretarías en los bolsillos del gabán; ese hombre que lleva barbas blancas, unas caudalosas barbas blancas los lunes, miércoles y viernes, y que los días restantes va todo afeitado; ese hombre que intriga a los espectadores teatrales en noche de estre-

no por el gorrito de seda negro que se calza; ese hombre que hace retremblar los tranvías despotricando con voz apocalíptica contra la humanidad y compaña; este hombre que sabe escoger en las librerías los libros que pueden ser traducidos y publicados al castellano con más éxito, y sabe escoger en la pescadería los mejores salmonetes o en las carnicerías la carne mejor para ser guisada luego en «ropa vieja»; este D. Luis Ruiz Contreras se presentó un día en el mundo y sacó de debajo de las alas del gabán dos mujeres de gran talla: la una, danzarina; la otra, literata. La literata era Pilar Millán Astray.

D. Luis Ruiz Contreras es un hombre absorbente; sus opiniones sientan dogma; no admite nunca réplica; pero nos tapa siempre la boca convidándonos a comer. ¡Cómo rehogan la lombarda en casa de D. Luis! [Algo importante!...]

Pues bien, en aquellos días de la danzarina, D. Luis organizaba en su honor unas comilonas ruidosísimas. Tan ruidosas, que tuvimos que irnos en lo sucesivo a comer al aire libre, porque si seguía el ruido en casa de don Luis, el casero iba a decirle que se largase de la casa. D. Luis por aquellos días corregía las primeras pruebas literarias de la neófito Pilar y corregía a los demás las pruebas inequívocas de que estábamos en plena primavera y en plena juventud la mayoría. Iba, en efecto, de vencia, el mes de mayo; las cenas se organizaban en el cenador de una huerta de la Prosperidad. Era una huerta donde, a juicio del experto Ruiz Contreras, se criaban los fresones más succulentos de Madrid. El cenador estaba a'obscuras; el agua del riego murmuraba en la sombra como una gran señora del gran mundo; los fresones perfumaban el paladar, la madre tierra y la madreseiva, únicas madres que había en la reunión, conspiraban con sus perfumes contra la sensatez de aquel otro fresón azucarado que llevaba el que más y el que menos en el departamento izquierdo del lórax. Había pintores, escultores, damas amigas del arte y enamorado alguna de tal o cual artista. Cenábamos. Y luego, la danzarina, a la luz de la luna y en la mano un farol de minero, propiedad de D. Luis, que nos había alumbrado por el camino, dan-

zaba. Nuestra coreográfica amiga, flotante la tónica blanca, en alto la luz, como la lámpara del templo, danzaba como un rito, como una vestal. Y así nos estábamos un rato, con el rito, haciendo vestimentas de las más inofensivas y eológicas, hasta que un pintorecillo portugués que agobaba la saudade de su tierra con vino de la



CARMEN CORREA

nuestra, nos daba el pie de postré largándonos fados y más fados, hasta que... nos enfadaba.

Entonces tornábamos, charlando, a la ciudad, los novios, emparejados; los demás, sin la menor intención subversiva. De pronto, algún chasquido... Interpretaciones varias: «Ha sido una bofetada», decían los más técnicos; «Ha sido—decían los biógrafos—que Fulanito lleva los madrigales a la práctica y está empujando en que la boca de su novia es una fresa». Luego resultaba: «¡pues no faltaba más!—que no era eso: era, sencillamente, que Dafnis—¡oh, cendori!—iba jugando a chascar en el dorso de la mano pétalos de rosa...»

Pues en aquellos momentos de pasado venía yo charlando con Pilar, tan tranquilo y tan descuidado, creyendo que se trataba de una persona simpática e inofensiva, y no sospechando que pudiera convertirse con el tiempo en una abominable competidora de cuidado.

Ya pude pecararme en aquellas conversaciones de que Pilar Milán Astray no tenía, en sus cabellos—con ser lentos que la permitan hacerse un casco con voluta dórica y todo, como la mismísima Minerva—ni tan solo un pelo de tonta.

En Pilar, sin embargo, había una tonta, y muy considerable: *La tonta del bole*.

A esta tonta—castiza hija de Madrid—le pasa lo mismo que a las otras compañeras suyas no menos tontas y no menos castizas; las rosquillas: son las tontas más famosas que las listas.

Esta tonta—sobre todo con la esencia de Carmita Oliver—está diciendo comedme.

La moza es de buena calidad; el amasado indica una maestría considerable y suficiente para acreditar la fábrica donde se manufactura de ese modo; la cocción sabia y en su punto, y los pinchos o ayudantes en la fabricación—vulgo intérpretes—, aunque demasiado «pinches», de tanto chulearse, sirviendo el guiso con oportunidad.

El público se traga la rosquilla encantadísimo.

Yo solamente haré una observación, en calidad de madriño, madriñista y afilcionado a las rosquillas.

Para ser «tonta» esta rosquilla del bole tiene demasiado almbir. No hubiera sido necesario darle un baño de ardor. Cuando la masa de las rosquillas es de buena calidad, ni ellas, ni la autora, ni la actriz necesitan baño de dulce. Esa es precisamente la moral y la estética de las rosquillas tontas, tan castizas y tan madriñistas, precisamente por ser de buena pasta y no buscar para hacerse valer demasiados regulorios.

Son los listos los que quieren atraer al comprador ofreciendo el dulce a petalones, y son, sin embargo, las tontas las que logran la más acreditada nomenclatura.

Todo eso de «panoli», «butens», «pagüey», «claroco» y «piri» son listezas que no añaden nada a la masa. *Foquelore del señor Eloy*; específico ad hoc para casos de apuro madriñista: Se da el paciente dos vueltas por la cabeza del Rastro; atibaja, anicia, mezcla; reparte según fórmula y sale más castizo que el gracioso actor Sr. Figuerras, regocijante tesoro de trucos y verdadera especialidad para bodas y banquetes.

Sucede con esto como sucede con los cromos que reproducen cuadros célebres; hay una obra buena pero con demasiado brillo y demasiado abonita tada.

El brillo es lo que le gusta a la gente con más facilidad, pero lo bueno es lo que está debajo: la masa. No sea usted «madriño» de la gente, seña Pilar, y amase la rosquilla por las buenas, que donde hay pasta, lo demás... cae por fuera.

ENTREACTOS

Cada uno a lo suyo.

Un autor novel llevó una obra a determinado empresario:

—¿Obra moderna?

—Anda... ¡Pues, ya lo creo! la acabo de escribir yo y yo... yo soy de ahora.

—Quiero decir si es de época.

—Completamente, sí, señor; pasa en el reinado de Isabel II.

—Ah, bueno... La leeré... Bonita época, trajes animados... Puede haberse en escena la reconstitución de algún cuadro de... Bueno: la leeré.

Pasado el tiempo volvió el autor novel:

—¿Qué hay de mi obra?

—Nada; no me gusta.

—¿Por qué?

—Porque no da usted importancia a la figura de Goya.

—¿De quién? ¿de Goya?

—Sí, señor... Yo pensaba hacer una reconstitución de la época con trajes tomados de los cuadros, creí que usted haría resaltar [naturalmente] la figura de Goya, ¡éxito seguro!... ¡pues no faltaba más!... Y resulta ¡que ni lo saca usted a escena!... ¡ni lo nombra!...

—Pero, señor,—dijo el autor novel—si Goya no es de esa época.

—Escuche, joven—le contestó con mala cara el empresario,—pero ¿usted se figura que yo estoy aquí para que venga usted a darme lecciones?... ¡Vamos, hombre!... ¿Sabré yo o no sabré lo que le conviene a mi teatro?

En la parada.

Tristán Bernard, el autor de *Petit Café*, toma un coche de punto cierto día. En cuanto el cochero trata de poner el coche en marcha, el caballo arranca, pero a los tres pasos se des-



CARMITA OLIVER CORREA

boca, luego se para, luego trota y cuando parece que ha cogido el paso regular, de una espantada, se encabrita, suelta un par de ceces, se arrodilla y, por último, se tumba.

Tristán Bernard saca la cabeza por la ventanilla y pregunta:

—Oiga, cochero, ¿ha hecho ya el caballo todo lo que sabe?

(DID. GARRÁS.)

MANUEL ABRIL

TOROS EN CIEMPOCILGAS, POR DURÁN



El inteligente carnicero D. Justo del Pino, encargado de despachar los terneros de la primera corrida de feria.



El valiente novillero «Suspiros de España» en un farol.



«El niño de la Señá Geroma» entrando por uvas.

DOS MOMENTOS DE LA LIDIA



El veterinario de Ciempocilgas, D. Perfecto G. Cabezas, que reconoció los toros, en vista de que los padres de éstos no querían reconocerlos.



Bellas señoritas de la localidad adornadas con la clásica mantilla.



Distinguidos jóvenes de la localidad adornados con la clásica toquilla.

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

Adán y Eva, como ustedes saben, cometieron un pecado absolutamente original.

Pero recientemente se ha averiguado otra cosa que hasta nuestros días había permanecido ignorada.

Que el pecado fué original y en prosa.

La invención de los cuernos de caza, esos sonoros instrumentos que tan buen papel han hecho en las monterías famosas, se debe a un inglés barbilampiño cuyo nombre se desconoce, aunque se sabe que no era de Londres ni de Valladolid. (No se ríen ustedes, porque un servidor tiene un *Inglés* que es vallisoletano).

Quedamos, pues, en que los cuernos de caza susodichos los inventó el susodicho inglés.

O lo que es lo mismo: que fué el primero y quizás único individuo que se sacó los cuernos de la cabeza.

El *water-closet* más antiguo del mundo está en California.

Lo decimos porque desde su fundación hasta el mes pasado que se le rompió la cadena, han transcurrido treinta y cinco años.

Que son treinta y cinco años de cadena, que afortunadamente para el *water* han acabado ya.

Ya lo dice en la puerta un letrero que vio un yanqui el otro día: *Libre*.

Más claro, ni agua: (Con excepción del agua del chisme indicado, que no es de las llamadas claras, sino de las que no has de beber).

Rareza colosal: Hace dos meses han cruzado el Atlántico doscientos automóviles, marca Ford, con dirección a España.

Lo que ya no resulta tan raro es que han venido dentro de un barco y convenientemente facturados.

Pero si el barco no hubiera estado entre el mar y los automóviles, la cosa habría valido la pena de asombrarse.

NÉSTOR O. LOPE

NUESTRAS ARTISTAS DIBujan Y ESCRIBEN

UN ARTICULO
DE MARIA
LACALLE

Maria Lacalle, el alma del teatro de Novedades, donde ocupa un primer lugar insustituible, nos envía estas líneas y estos monos, llenos de una gracia encantadora, de esa gracia que pone con toda su alma en sus grandes creaciones.

Me han pedido un artículo para el simpático y alegre semanario BUEN HUMOR, y es que han comprendido en que yo puedo colaborar porque a mí la seriedad me molesta de un modo atroz.

Bueno que para ciertas cosas de la vida íntima tengamos un



ILUSTRADO
POR
ELLA MISMA

escena, les comunico cierta onda de alegría. Y eso debe ser verdad, porque esa alegría la siento en mí y quiero darla a todos.

De pequeña, en mi casa, me llamaban siempre *Alegría*, menos a las horas de comer que no necesitaba que nadie me llamara.

Después me dediqué al teatro y ¿qué podía ser? Tiple cómica, naturalmente.

Y eso soy, ya lo saben ustedes.

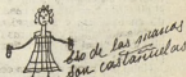
Y mientras tenga alegría, ha



Cuando me dedique al teatro



un palco



de las niñas son castañuelas cuando sea "Alegría"

poquito de formalidad, pero en lo que ha de participar el público y los seres que nos rodean, ¿para qué? ¡Jamás!

Por eso he oído decir a mucha parte del público que, cuando yo salgo a

de ser para los del otro lado de las candelillas.

MARIA LACALLE.

A PROPÓSITO DE LA CRISIS TEATRAL (CUENTO... Y NO ACABO)

Diffícilmente, mejor dicho imposiblemente, habría manera de encontrar en la Tierra, y hasta en el mismísimo Marte, hombre más holgazán que Facundo Cansino. Este honorable sujeto alimentaba la convicción de que el trabajo es un estigma infamante de la humanidad y de que las reivindicaciones obreras y de las otras no estaban en la jornada de ocho horas, sino en la jornada de ninguna, o de ninguna menos un minuto que todavía es mejor.

Facundo Cansino, por tanto, era vago por naturaleza, vago por convencimiento, vago por idiosincrasia y vago porque le salía de las narices. Sentía admiración sin límites por los coches del expreso de Hendaya, sin más razón para admirarlos que el hecho de que fueran vagones. La mariposa vagando de flor en flor le producía deliquios de entusiasmo y cuando un orador explanaba una vaga idea, le dedicaba el fervor de su enternecimiento y la expresión de su gratitud en forma, sino de aplauso, porque aplaudir significa un trabajo fatigoso, de sonrisa aprobatoria y dulcísima.

Este hombre impenizable y estupidamente hubiese sido completamente y densamente feliz a no haber tenido necesidad de ganarse la vida y por lo tanto de trabajar algo, o por lo menos de fingir que trabajaba, que no es lo mismo, aunque lo paguen igual. Claro es que Facundo procuró siempre elegir profesiones de esas en que no se suda ni una leve gota y se dio maña para llevar la contaría a la sentencia bíblica de que para ganar el pan hay que sudar pez por la frente. Facundo no sudaba ni por el cogote, pese a lo cual se comía cada libreta que era un escándalo.

Cansino fué guardia municipal hasta que se inventó lo de la porra y lo del pito. En tal momento, dijo que tocara el pito Rita y se fué a su casa, se quedó en camiseta y se sentó al balcón junto a un botijo; y mientras tocaba el pito Rita, él mitigó sus fatigas con el pitirrito.

Hubo que pensar en otra cosa y Facundo, que tenía alma de guardia, se hizo flem de seguridad, dispuesto a no prestar servicio más que en las plataformas de los tranvías. No hizo nada que le cansase lo más mínimo durante siete años (medio año más de quietud que los demás guardias), pero al séptimo le pasó lo contrario que al Padre Eterno, que como saben ustedes el séptimo descansa. Facundo tuvo el infortunio de que precisamente el séptimo empezó a cansarse: una algarada estudiantil, dos borrachos que tuvo

que conducir en brazos a la comisaría y una carta que le encargó un inspector que le llevase desde la calle de Carretas a la Puerta del Sol, colmaron la medida de sus posibilidades dinámicas y le hicieron presentar una dimisión rápida, furibunda y más irrevocable que la fachada del Hospicio.

Facundo, pues, entregó su uniforme, devolvió el casco y tornó a sentarse junto al consolador botijo, dispuesto a no aceptar más ocupaciones que las que realmente fueran desocupaciones. Mucho meditó, buscando la solución de trabajar en una cosa que no le diera ningún trabajo, pero por más vueltas que le daba a la charria, el final era más desconsolador que una rima de Bécquer.

De todos modos, Cansino fué sucesivamente hombre-anuncio, encargado de un ascensor d.l. Metro (que como sólo funcionaba una vez a la semana, le resultaba un trabajo casi cómodo) y repartidor del *Diario Universal*, que ya saben ustedes que no tiene más suscriptores que Romanones y Brocas. Y, sin embargo, Facundo se sentía desfallecer de fatiga y suspiraba por algo menos pesado y más fácil de realizar.

Un día cayó enfermo, de cierto cuidado. Ya calcularán ustedes que un hombre como nuestro héroe no podía tener más enfermedad que la que tuvo: un *asiento*. No obstante, no se conformó con tener un asiento y se fué a la cama que era sillio más agradable. En ella estuvo siete meses y esto fué su salvación, porque entre los amigos que le visitaron, alarmados por dolencia tan larga, figuró un finimo, al cual confesó la causa de sus culitas y del cual le vino la solución del eterno problema que tanto tiempo le había preocupado.

—Mira, Deogracias—dijo Cansino al visitante,—mi enfermedad es incurable. Me muero de cansancio. Si yo no encuentro alguna colocación que no destruya mi organismo, estoy más perdido que las niñas de la calle de Hilarión Elaya.

—Me parece que te desesperas demasiado pronto.—contestó Deogracias.—Hay trabajos que pueden convenirte.

—Si son trabajos, ¡para el gatol—bramó Facundo con indignación.

—Les llamo trabajos por galantería—añadió Deogracias.—Seguramente tú no has pensado que podrías ganarte la vida haciendo agujeros para flautas o pidiendo el cargo de peluquero de *Gallo* o siendo verdugo de Orense... Nada de eso te fatigaría, respondo de ello.

—¡No me conviene!—volvió a rugir Facundo.—Yo no he nacido ni para mover un dedo. Necesito algo más descansado todavía.

Deogracias pareció conmovirse y dijo de pronto:

—Algo hay, que es una verdadera ganga, pero temo que te aburras demasiado. Sin embargo, si estás decidido a no trabajar ni gota, te prometo que en el oficio que te voy a proponer lo conseguirás con creces.

—¡¡Habla!!—pidió Facundo, con emoción.—¿Qué oficio es ese? ¿Qué ganga es la que dices?

—¡¡Sencillo!!—¡¡Colócate en el despacho de billetes de un teatro!! ¡¡Y yo te juro por la gloria de mi amantísima y desaparecida madre, que no tienes que hacer absolutamente nada!!

ERNESTO POLO

Salutación a Forain

El dibujante Forain vino a Madrid. Nosotros nos hemos adherido a todos los homenajes en su honor. Pues ¡no faltaba más! [Nos dió una lástima Forain]... Los dibujos de Forain nos han parecido siempre de un gran humorismo y las circunstancias de su viaje también. Bonnat era un gran pintor de Francia. Bonnat tuvo, entre otros honores, el de tener en España un pariente de regocijado talento y colaborador de Buen Humor; había por lo tanto que enviar a España un embajador digno del acontecimiento para festejar el caso. El designado para la embajada fué Forain. ¿Comprendéis la desgracia de este pobre hombre? El dibujante de trazo suelto y de inspiración callejera; el aficionado a las escenas de café de noche y de alcohol, ¡representando a Bonnat, un hombre todo correcto y entusiasmado como si asistiera a un entierro de primera!

¡Pero la situación social obliga y Forain era, sin duda, el académico de entra y sal que estaba, cuando llegó el momento, en el turno de los viajes. Porque Forain, además, para colmo, es académico. Y ¡claro! nunca un mal viene solo. La Academia le soltó el mandato de que viniera por España, no en representación de sí mismo, sino en representación de Bonnat. Le hicieron cargar con el muerto. No era justo, no; no era justo. Pero Forain, es precisamente el dibujante de los Tribunales de Justicia y sabe de sobra a qué atenerse en esto.

Nosotros, pues, por eso, le hemos recibido con palmas «cañis» para hacerle olvidar las palmas académicas, y para demostrarle que, aun siendo inmortal, le estimamos muy de verdad, como si no lo fuera.

DE ACTUALIDAD

LA CRISIS TEATRAL

Es el tema del día, y, a veces, hay que doblarse al peso de los temas de actualidad.

Empresarios, autores, cómicos, todos se afanan en buscar una solución al problema, y el público no aparece por los teatros, mientras tanto.

Claro es que el público va cuando le llama el cartel y el cartel se llama novedad, risa, emoción, fastuosidad, interés, etc. Por el contrario, cuando por ninguno de estos conceptos se atrae la atención del público y los actores son medianos con pufos de geniales y las comedias son viejas, cursis, pesadas y vulgares y la butaca del teatro vale seis pesetas, el público pasa de largo.

Uno, dos, tres, cuatro, hasta ocho éxitos se han sostenido en los carteles este año. Quizá son obras que en temporadas mejores hubiesen pasado des-

apercibidas, pero que con la ayuda de las circunstancias han llegado a ser centenarias. Esto no revela, sino que el público desea ir al teatro y acude a cualquier espelismo de éxito.

Un autor atribuía a los demás espectáculos el desvío del público hacia el teatro, y votaba por la supresión de los partidos de fútbol por la tarde y de las funciones cinematográficas por la noche. También se ha hablado del perjuicio causado por la radiotelefonía.

Se procede así, de un modo inverso, al que sería lógico emplear y que en nada favorece moralmente a nuestros autores y artistas. Es decir, que si al público en otros sitios se le da más interés y más economía, hay que suprimir al enemigo en vez de afilar las armas para el combate. Nosotros no hacemos comedias buenas, nosotros

las representamos de mala gana, pagamos cantidades fabulosas al dueño del teatro y esto nos obliga a subir el precio de las localidades para asistir a nuestro espectáculo... A pesar de eso, el público debe venir al teatro a enriquecernos y aplaudirnos como si lo que diéramos fuera bueno.

Cuando se ha agudizado la crisis teatral, bastaba leer la cartelera, con el mejor propósito de ir a algún sitio, y se daba el caso de que fuera de dos o tres cosas que uno conociera, lo demás era tan poco interesante, tan poco, que se iba uno al cine o se volvía a casa. Esto se puede demostrar con datos, con fechas y con nombres.

Suprimidos los espectáculos deportivos por la tarde, el público se iría de paseo, si no quiere ir al teatro; afortunadamente, ahora son largas las tardes.



NOTAS SOCIALES

Solemnepertura del curso de la Academia Melantúchez. «Carreras especiales».

Dib. López Russo.—Madrid.

De noche, podemos suprimir al público los cinematógrafos. Una parte se hará radioescucha y otra se irá al café. Suprimamos, entonces, la radio y cerrremos los cafés. El público está acorralado, seguramente. No puede ir a los toros, ni a las exposiciones, ni a las iglesias, ni a pasear, por temor al relente. Aún le queda un recurso: las familias se reunirán en casa y jugarán a la lotería de cartones con judías blan-

cas. Suprimamos las loterías de cartones y las judías blancas... Querrán resistirse y se quedarán a leer el periódico o alguna novela policíaca. Se suspenden los periódicos y las editoriales... Esto obligará al público a pensar en el teatro... Pueden, en último caso, reunirse las familias para bailar o jugar a las prendas... Tenemos que prohibir el baile y declarar delictivos los juegos de prendas... También su-

primiremos la venta de fonógrafos, de pianolas, de rompecabezas, de casillas recortables, de postales iluminadas, de juegos de la oca; no permitiremos hacer labor a las señoras ni liar pillos a los caballeros... Cada vez el público se verá encerrado en reticido círculo de las prohibiciones... Tendrá que ir al teatro, sin más remedio. Ya lo tenemos bien sujeto. Puede mirar la cartelera y elegir...

Peró al público no le atrae la cartelera. Entonces, rodeado por otra parte del terrible aburrimiento a que le condenan los encargados de resolver el problema teatral, el público optará por meterse en la cama.

¿Cómo evitan esta competencia? ¿Suprimimos también las almohadas y los colchones? Es el único medio. De este modo, el público tendrá que acudir a nuestras butacas de cinco pesetas a oír nuestras comedias vacías y nuestros gestos falsos y amanerados.

Y como la totalidad del público es tan inmensa, nos veremos obligados a hacer más teatros, de los que serán primeras figuras todas las secundarias conocidas y a los que los mismos autores y traductores llevarán éxitos iguales a los que desde hace seis temporadas se cuentan por miles. Los teatros aumentarán el precio de sus arriendos y los arrendatarios los de sus subarriendos.

Falta cerrar los parques y los paseos, quitar los bancos públicos de las calles, prohibir la circulación por estar fuera de las horas de ir y volver de los teatros, cortar el fluido eléctrico, cerrar los casinos y las farmacias abiertas toda la noche, por si el público intenta escapar. Todo, antes que Mengano, que cobraba veinte duros diarios por dormir a los espectadores, se quede en la calle. Todo, antes que los autores aplaudidos, cuando lo hacían bien y los que nunca lo han hecho bien, se mueran de hambre. Todo, antes de que el que se ha enriquecido a nuestra costa y a elevados precios cuando poseía la gallina de los huevos de oro de un éxito, se arruine. Todo, antes de que el que hace dos años tenía dos pesetas y ahora sólo tiene una, se guarde ésta en el bolsillo cuando no encuentra donde distraerse.

La crisis teatral puede decirse que ha dejado de serlo. Así, el Estado, que subvenciona al primero que llega, no tendrá que sacrificar una peseta en favor del teatro, como hacen otros Estados. Así seguirá todo a gusto de todos.



Dib. CÁRDENAS.—Madrid.

—¿Y en la cabeza, qué se pone el señor?

—¡El sombrero!

José LÓPEZ RUBIO

Por doce pesos argentinos pueden nuestros amigos de Hispanoamérica tener un año de
 ::: BUEN HUMOR, pidiéndolo a nuestro representante ::: :::

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

::: En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR :::

UNAS LIGERAS CHIRIGOTAS

«En el palacio de Liria dieron anoche una elegante comida.»
 ¿Elegante? Diga usted: ¿es que los langostinos iban de frac y las lubinas escotadas?

«Reglas para el consumo de la carne congelada.»
 ¡Atiza! ¡A que resulta que el comer un filete congelado está sujeto a reglamento!

Y a propósito del comestible ése.
 «A la carne congelada hay que quitarla, precisamente, una capa blanca.»
 Bien. Lo mismo que para comerse a un alabardero.

—Juanita ha regañado con su novio, porque le ha resultado un perjuero, un falso...
 —¿Falso? ¿Por qué no le lleva al Banco para que se lo faladren?

«Para satisfacer necesidades urgentes se construirá un evacuatorio en la glorieta de Atocha.»
 Está bien, si la necesidad se siente en la glorieta de Atocha, pero se ha divertido el que lo sienta estando en el parque del Oeste o en el barrio de Salamanca.
 ¡Poraue primero que llegai!...

—Afortunadamente ya no se habla nada de las tres mujeres desaparecidas.
 —¿Cómo mujeres? Si son niñas.
 —Eso, cuando desaparecieron.

«Un desfalco en el Banco Germánico.»
 ¿Desfalco en marcos-papel? Pues habrán tenido que ir los ladrones con un camión, si se han llevado arriba de dos pese as.

Un periódico habló de una gran manifestación judía.
 ¿No les parece a ustedes que esas manifestaciones no son más que ruido?

En el teatro Infanta Isabel se ha presentado la comedia «Ha entrado una mujer».
 Al actor Romeu le han entregado



Dib. MATEO. —Valencia.

—Ahí va el pobre de Montañez. ¡Da pena verle! Tan gran actor como era y hoy se ve en la miseria...
 —¡Si que es pelgrosísimo el ir con malas compañías!

=====

otra titulada «Aquí ha entrado un hombre».
 Los autores de ambas obras han debido ponerse de acuerdo y escribir una sola titulada «Ha entrado una pareja».

En la playa de Buen ha sido cogida una ballena de 24 metros de larga.
 ¡Ya hace falta coré para colocarla!

Hay una entidad que se llama «Comisión del combustible».
 Si no la componen unos cuantos

carbones que al reunirse arman cisco... no sabemos quién pueda ser.

Las muchachas vestidas a la moda, se parecen a los buenos toreros.
 Cortas y ceñidas.

En una lista de regalos de boda leemos: «Un salto de cama».
 No se especifica para quién es el salto ése, si para la mujer o para el marido.

Porque los dos pueden darlo.

A. R. BONNAT

LA ATLÁNTIDA

Todo lo referente a aquella misteriosa región es muy interesante, empezando por el mito de las manzanas de oro y acabando por la novela de Pedro Benoit.

He aquí la leyenda primitiva:

Atlántida (de donde derivan los nombres de *atlás* y *atlantes*) era una bella princesa solicitada por numerosos pretendientes, y que había prometido su mano a quien corriese más que ella, quien, por lo visto, corría más que un galgo. A todos dejaba atrás, por buenas piernas que tuviesen, con lo cual, los pobres pretendientes, que daban derrengados, molinos, corridos, compuestos y sin novia. Pero uno más listo, y sobre todo protegido por Venus, usó una estratagema, aconsejado por la diosa. Llevó a la liza tres manzanas de oro, y cada vez que Atlántida iba a adelantarse, arrojaba a su paso veloz una áurea manzana; ella se bajaba a recogerla y perdía tiempo, dando lugar a que por fin él la atrapasase.

Nos parece haber leído algo semejante, allá por nuestra infancia en algún cuento de Calleja. Pero ya se sabe que hay historias que parecen cuentos. En resolución, este relato es todo un

símbolo. La mujer iba más adelantada que el hombre en la evolución humana, hasta que éste la detuvo y venció con sus tretas amorosas. Ciertamente se van volviendo las tornas y con frecuencia son ellos los que quedan vencidos por el mismo procedimiento...

Este símbolo significa también que en la Atlántida imperaba (hace la friolera de más de treinta y un mil años, según la ocultista Blavatsky) el régimen feminista, y con él la Edad de Oro, un florecimiento jamás superado de artes y ciencias y conocimientos de los más misteriosos arcanos, perdidos al sumergirse en un día y una noche el continente atlántico.

Único residuo que queda de esta raza son los *tuaregs*, en el Sahara, los cuales conservan el régimen primitivo y cuatriarcal.

Nos es imposible darnos idea de hasta qué punto difieren nuestras costumbres de las de aquellos pueblos en que estaba el mundo al revés, o puede que estuviera al derecho: cuestión de perspectiva—baste el expresivo detalle de que—siempre ateniéndonos a la docta opinión de los modernos sabios—el pudor fué virtud primitivamente masculina y las mujeres entonces

no tenían ni chispa de vergüenza—bien que no faltan tampoco en estos tiempos quienes acompañen en el sentimiento a las de aquéllos—, hasta el extremo de que la costumbre oriental de taparse el rostro empezó por los hombres, quienes, al apuntarles la nascente barba, se velaban desde los ojos, todos ruborosos y achantados. Los *tuaregs* cubren así, efectivamente, con tupidos velos negros, más de la mitad inferior del rostro, y en esta afirmación no me atengo a los sabios, sino al testimonio de mi propia familia, que los ha visto en Argel, llegando del desierto, imponentes y misteriosos, con la faz velada. Este hecho, que ahora subsiste por excepción, era lo corriente en los mencionados siglos remotísimos, hasta que el sobrevenir del cambio de régimen se apoderaron del mando, perdieron la vergüenza (¿serán cosas incompatibles?), se descubrieron la barbuda cara y se la taparon a sus compañeras, para que no las viera el curiosón del vecino y evitar desazones, cambió consumado, suponemos, no sin alguna rebeldía por parte de ellas y no sin algunos mamporros por parte de ellos, a modo de argumentos irrefutables.

Entre los musulmanes subsiste la costumbre, entre nosotros, los últimos vestigios fueron nuestras *tapadas* del siglo de oro, que tan lindos pretextos dieron a las comedias de enredo y de capa y espada. Claro está que los mantos, en lugar de servir para el refuerzo de la honestidad y para distanciarlas de los galanes, servían para lo contrario, hasta que cayeron, por evidencia de su contraproducente ser vicio.

Pero volvamos a la Atlántida, es decir, no volvamos, porque nos ahogáramos como ratas; volvamos únicamente al asunto. Platón, filósofo masculinista, desfigura los hechos al hablar del sumergido continente en su famosa página del *Crítilas*. En lo que todos convienen es en que era una región poblada por una raza superior, que había invadido y dominado el mundo, desbordándose de su continente. Allí se inventó la esfera, que aún conserva su nombre original de *Atlas*.

Sus habitantes tenían la gracia de dormir sin soñar nada. Esto puede resultar una desventaja cuando se disfrutan sueños felices, como aquel de Heine, quien soñó una noche que era el buen Dios y que no tenía ninguna deuda.

Quedamos en que los autores masculinistas se dieron mucha mafia para desfigurar los textos donde constan las grandezas del matriarcado. Es como si un nuevo historiador dijese que Juana de Arco era Juana de Arca. Precisamente en esto de hacer trasueque de nombres, guardo para el lector una sensacional noticia en el próximo artículo.

MATILDE RAS



Dib.
LÓPEZ REY
Madrid.

—Aquí, donde me ves, he podido ser dueño de esa casa...

—¡Caramba!
—Pues, que la vendían, y si llevo a tener dinero la hubiera comprado.

DEL BUEN HUMOR AJENO LA CORRIDA SUPREMA

POR HENRI FALK

El viejo matador retirado me contaba:—La vida de torero, señor, es la más bella que se puede vivir. A cada instante se roza la muerte antes de darla. Es sublime. ¿No es justo que esta valentía sea recompensada por la gloria y el amor? Por eso, un torero desgraciado en amores es un caso completamente imprevisto... Pero el imprevisto es el rey del mundo. ¿Conoció usted a Salmigo II?

—¿Salmigo II?, respondí yo con profundo respeto. No, no lo conocí.

—Entonces, escúcheme bien: Salmigo II nació en el pueblo de Púdrapuez, provincia de Murcia, y se hizo notario, desde muy joven por su acuidad para el combate y fué rápidamente uno de los primeros espadas del reino. Cuando él daba el «descabello», el toro caía sobre la arena como una gran rana electrocutada. Así, los corazones femeninos rodaban a los pies de Salmigo II, pero él, como caso por caso —es la eterna historia— estaba enamorado, enamorado de una andaluz rubia, y cuando las andaluzas se ponen a ser rubias no hay nada tan hermoso bajo el cielo, después de la sonrisa del Buen Dios. Tan rubia era Conchita que se la tomaría por una de esas muchachas de Holanda que sonríen a la clientela en los botes de cacao. Ella lo sabía, envanecida, y para completar la ilusión se complacía en cultivar macetas de enormes tulipanes, flores bien holandesas, sobre los hierros de sus balcones. Pero—siempre la eterna historia—ella no quería a Salmigo II y éste sufría extraordinariamente.

La gran corrida del domingo de Pascua estaba próxima. Salmigo II, este día, debía combatir tres magníficos toros salvajes de la ganadería de Angler. Antes de la corrida, fué a visitar a la truel y, con voz sombría, le preguntó:

—¿Serás mi mujer?

Ella respondió:

—¡Estás de bromas!

—Está bien, dijo simplemente. Hoy, el toro me matará.

Y he aquí la corrida. Músicas, alguaciles, cuadrillas, trompetas. El primer toro sale del toril. No podía imaginarse un toro más feroz. Yo estaba allí y conocía el propósito de Salmigo II. Yo temblaba.

De súbito, se oyó un clamor: el toro, por terrible que fuera, era la dos patas de delante un poco cortas y tan separadas una de otras que parecía una foca. Una risa atronadora subió por todas las galerías. El toro galopaba de una manera tan absurda, que Salmigo II—yo lo leí en sus ojos negros—

no pudo admitir la idea de dejarse matar por un enemigo ridículo. Se dio un enorme brío, fué aclamado y esperó al segundo toro.

Este entró en la arena bramando ferozmente.

Manifiestamente atacado de neurastenia, presentaba el morrillo a las picas y a las banderillas para acabar más pronto con la vida. Se presentó ante la espada de Salmigo II con un aire tan triste que él no pudo decentemente dejarse coger por un animal resuelto al suicidio. Estoqué con una maestría insuperable, fué aclamado y esperó al tercer toro.

¿Sería este el toro de la muerte? ¡Ah, señor! todo parecía hacerlo creer. Como un maldito buey, con los cuernos bajos, arrastró los cascos por el suelo y dió varias vueltas a la pista al galope, sin seguir un segundo a las capas rojas abiertas ante sus ojos. Tomando un partido inexplicable, no se detuvo ni un momento hasta estar delante de dos toreros gordos que vestían de verde. Salmigo II en vano quiso enfurecer a su enemigo con su muleta púrpura. El toro, lejos de exprimir su cólera, se puso a lamer la tela escarlatá con una calma encantadora. Entonces, yo lo comprendí todo. El animal estaba atacado de esa imperfección de la vista que hace tomar el rojo por el

verde y el verde por el rojo y que los hombres de ciencia llaman daltonismo; la muleta sangrienta parecía a sus miradas un pedazo de césped arrancado. Yo grité mi descubrimiento a Salmigo II que no lo entendió y sudando de rabia, estoqué al toro de un solo golpe tan furioso que su espada hizo pedazos el tórax de la bestia. Y despreciado tres veces por la muerte, abandonó desesperado la plaza entre aclamaciones.

Pero Conchita se había emocionado en aquel momento, amaba ¡oh!, amaba a Salmigo II con todo su ser. Al salir de las arenas, debía pasar en coche por delante de su casa: corrió a su casa, se asomó a la ventana y cuando le vió llegar le hizo señas. Salmigo II lo notó embriagado de felicidad y llegó al pie de la ventana. En este momento, la bella Conchita le enviaba un beso. Pero, en este gesto apasionado, empujó un fardo de flores que cayó en Salmigo II, extasiado, recibió sobre su cabeza...

El se repuso del golpe, pero desde entonces toma los melones de agua por castañuelas... ¿No es verdad, señor, que el imprevisto es el rey del mundo y que yo tomaría con mucho gusto otra granizada al Kirsch?

A. R. H.



EL MARIDO.—Pero, hija, ¿por qué no te acuestas? ¿No te he dicho que no me esperes?

LA ESPOSA.—¿Pero qué estás diciendo?... ¡Si acabo de levantarme!

(De London Opinions, de Londres).

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

A. A. O. Madrid.
Luego se ha ido a Cestona.
De verdad que nos perdona.
¡Gracias! ¡Que vayas se lo aboné!
¡Con hombres así, de gusto, qué caramba!

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Leamos Besmas. Madrid.
Al principio me ha agradado su cuento galante, ¡sí!...
Mas con lo que habéis osado en el final con Lili, imposible lo haya dejado para vos y para mí...
¡Porque es que es una marranera catagórica, compadre! Sigerico Bilbao.
Estimado Sigerico:
¿Por qué es usted tan borrico?

Lee usted "Vida Madrileña"
Anuncio en

Oficinas Puencarral 66.
Dirección: DOZ DE LA ROSA

Jenofonte. — Aceptado. Gracias por sus elogios. Son justos, de todas maneras.
Riviera. Santiago.
Ea usted de una inconsciencia rayana en la estupidez.
Le falta a usted experiencia pero le sobra idiotez.



LIBROS PARA REIR, DE LUIS ESTESO

A la. Tres novelas alegres. 300 chistes nuevos. Para que rían las mujeres. Animales caseros. A 3 pías. Chistes y cuplés, 50 cosas. Chistes malos y de ustedes, 400 cosas. Cincuenta mondos verdes. Conferencias, parodias y humorismo. La sala del crimen y La que todo lo dió. Novelas. Teatro fácil. 16 comedias, 4 pías. La vanagloria, novela. La hilaria, novela. Novelas y monólogos escogidos. Viajes por España. Poemas. LUIS ESTESO. Carreteras, 9. Madrid.
Envíos contra reembolso.

P. Z. A. Madrid.
Su artículo *Incorruptible* tiene una gracia terrible. Pero tan terrible que no nos atrevemos a publicarlo.
A. del C. Carpeñosa.
Ni yo le tengo a usted rabia ni aquí se le tiene fobia
¡Ea que esa Pez, Arabia es una estúpida birria!

M. G. T. Madrid. — Rotundamente ¡descoroso!
Alghieri. Madrid. — Tiene más mala pata que una mesa que hemos vendido a un trapero anteayer por la mañana.
Toro Negro. Madrid. — Sus versos han resultado derecho de tinta.
P. M. C. Madrid. — Majadero hasla la acera de enfrente.

LEGRES FOTOGRAFÍAS

CURIOSAS

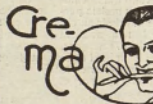
Fotografías incomparables, 1 y 10 pías.

Círculo o sellos:

Agencia artística LUX

APARTADO 126 MADRID

Pangloss. — Bien plumado, pero demasiado serio. Llorarían nuestras letras ciegas con una angustia que nos daría lástima.
El cine de Lohengrin. San Sebastián. — ¡El cine o el ganso?...
E. D. Madrid.
Días felices de erotografía contiene su poesía.
¡Caray, amigo Paraisos! ¡Ea, es felices son muchas felices!



M. I. P. Madrid. — No nos da la gana de publicar elogios a Ricardo León. Mándelos usted a su casa, que es procedimiento mucho más rápido y para nosotros muchísimo más cómodo.
R. B. V. Madrid. — Nos va usted a hacer el favor de sacarnos de una horrible duda que nos corroe desde que hemos recibido su soneto, *Hoys*, con heche, ¿es una enfermedad de la vista?
P. M. S. Bilbao. — No sirve tampoco su último envío.

T. P. A. Madrid. — ¡Con que el asno es un animal tan sufrido como listo? Pues que sea enhorabuena, amigo! ¡Aquí ya hablamos notado que era usted un socio de aguante y talento!
Ramés II. — Rechazaros sus tres artículos, y perdónere tres veces. ¡Otra vez (o otras tres veces) será otra cosa!
Pirindola.

¿Qué cosas tiene en la chola el amigo Pirindola!
¡Lástima que nuestros lectores no lo puedan ver, pero no nos atrevemos a que lo vean!

razón en maravillarse de nuestra respuesta, pero su afirmación inculca es la que tiene la culpa de que nos hayamos hecho el lío y haya surgido la errata. ¡Listo! ¡Amaba autómata al caballo de cierto coche de punto y nosotros le llamábamos a usted animal (esto, claro es, en broma y sin ánimo de engañarle a usted a ninguna vara). ¡Cómo, pues, ha podido usted creer que creíamos nosotros también que el caballero se llamaba de esa manera? ¡Holgaba entonces nuestra autómata indignada! De manera que, metiendo aquí el hipogrifo que

HAHAS

Se compran para casa extranjera, pagándose las espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.
Hay ascensor.

F. R. S. Madrid. — Usted tiene derecho perfectamente a escribir con los pies hasta que le salgan callos, pero no a poner los suodichos pies en nuestra respetable casa.
Rosario de V. Madrid. — El chiste en un poco viciolito, pero por ser el mono de una señorita tan mone, le publicaremos con otro pie, al a la señorita que le parece mal esta determinación.

se nos cayó en la imprenta y el caballo que usted echaba de menos, insistimos en que usted es el otro caballo, que iría por los monos a los cerros de Antequera y al escudero de su cariñoso hijo Pirro; que el padre del suodicho es leal y que se llama Diores y que los apellidos de

Boca sana -- Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS. — BARCELONA

Concha R. O. Eapnosa de los Monteros. — Se publicará también el mono de esta otra monada, a pesar también de las deficiencias del pie, ¡Ea rarísimo que a nosotros no nos gusten los pies de las señoritas guapas, pero así es, y no tenemos más remedio que registrar la desconcertante paradoja.
Gastroenterítico. Madrid. — Yo sé sí será usted gastroenterítico o no lo será usted más que en el seudónimo. Lo que sí sé es que es usted un genseoenterítico en toda la dilatada extensión de la palabra.

ambos los desconocemos en abso-luto. También ponemos en su conocimiento que habrá otro Antome-nio, poeta griego nacido de madre honrada unos ochenta años antes de Jesucristo, de cuyo poeta solamente se conservan doce epigramas que, si tiene usted interés por él, le diremos donde lo puede verificar cómodamente.
Y nada más. Como usted verá, tenemos una cultura que nos impide codarnos con gente tan alre-dedor como usted.

A. R. P. Sevilla. — ¡Oligantecamente estúpido.

ALBERTO RUIZ

JOVENIA. — CARRETERA, 7

Palencia de pedia.

A la presentación de este anu-
cio, se descuenta el 10 por 100.

Jácaro. Madrid. — Impropio para que lo lean las personas decentes y una gran parte de las depravadas.
Sir Spy. Madrid. — Sus *Soareos* (cuyo título ya es un poco alarmante para los lectores) no han tenido la fortuna de llegarlos al alma.
C. V. Madrid.
Su acróstico es una cosa tan antigua como asosa.
Y en vista de su sosería, se va a Cestona en primera.
M. M. A. Bilbao. — Tiene usted

¡Y no hay quien a mí me tose!
¿Qué pasa?... ¡Vamos!... ¿Quién
Yo no le puedo toser. ¡vive!
Porque uso Jarabe Orive.

Fray Frey. Madrid.

Es usted un equisimal,
le parece bien o no.
Leandro Reyes. Santa-Paz. —
Sus versos titulados *Unos nacen
con estrellita*... no nos parecen lo-
samente perfunctarios para dertos a
luz. A fine, que usted puede hacer-
lo sin fatigarse.

C. R. B. Madrid. — Eso es para
teorio en cucullas y para dar luego
al papel la aplicación consiguiente a
la postura.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, al cual le advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—¿En qué se diferencia don Alvaro de Luna y don Alvaro Romanones?

—Pues en que el primero fue un condestable y el segundo es un conde inestable.

Panchito.—Madrid.

—¿Cómo convertiría usted un caballo en un par de dichos animalitos?

—Muy sencillo: se le sujeta bien por las patas y el hocico, se le cloriformiza y se queda hecho un frasco.

Verdes.—Madrid.

—¿Quiere usted ser mi criado?

—Sí, señor; pero antes debe usted cumplir un género.

—Por ahora, nada, pero le daré de comer y le vestiré.

—¿Y yo a usted, no?

—No le entiendo qué quiere usted decir.

—Pues nada, que yo creí que iba a ser el contrario. Porque si usted me da la comida y me viste, no sé yo su criado, sino que usted será el criado mío.

Bibemdom.—

—¿En qué se parece un par de zapatos que aprieta a los carlitas?

—En que las tiran.

Alfonso Sánchez Pacheco. Santander.

—¿Cuál es el colmo de la avaricia?

—Begar una cantidad de dinero para ver si crece.

Eduardo Pedraza.—Múrcia.

—¿Quién tiene la culpa de que se dispersen las armas de fuego?

—Los gatillos.

Benjamín López.—Madrid.

Entre amigos.

—¿A qué no habéis vosotros, cuates son los hombres más nobles, más amables y en una palabra, mejores?

—¿...?

—¿Pues muy sencillos, los médicos.

—¿Y por qué?

—Hombr, porque su misión es

vialtar, y ya dice el refrán, que de vialtar... todos somos buenos.

Alvaro Ruiz.—Zaragoza.

—Mi amigo Gado Bueno salió de viaje, y a su llegada enviame el siguiente telegrama, cuya brevedad me dejó admirado:

K. Zarro Berlanga

Li. (y firma)... Gado Bueno.

K. Zarro.—Berlanga.

Un baturo leía:

«...y el marido exasperado le propincho dos soberbios estacazos a su costilla.»

—¡Ridíez!—exclamó—prontíco me doy yo un solo golpe en una costilla mía.

Emiliano Martínez.—Madrid.

—Federico es el hombre más sabio que conozco.

—Pue díez?

—Porque sabe decir yo amo en nueve idiomas, y no lo ha dicho en ninguno.

P. Herrero.—Herrera.

—¿Cuál es el diario más soso de Madrid?

—El Sol, porque no tiene ni chispa de sombra.

Luisín.—Estación de Beza.

Proprietario campésido.

Viéndose en trance apurado cierto gallego hablador a un notario en su dolor llamó y, con tono alterado dijo: la casa de al lado de lo a Nicolás; el veinte a Serafín; la de enfrente a Ramón, a Maldonado...

—¿Aquí el notario ¡oh fortunal! No habrá para mí ninguna al tentes tiene señor?

—Dijo—y el otro entre bresas,

le contestó, son las cosas en que sirvo de aguador.

Peña peces.

En la instrucción de reclutas

«¿Qué tratamiento tiene un coronel?

—Lista.

—¿Y un general?

—Vocación.

—¿Y un cardenal?

—Un cardenal... yodo.

Pedro Vizcaino.—Meilla.

—¿Sabes que ha muerto Juan?

—Sí.

—¿Quién le lo ha dicho?

—Tú, ahora mismo.

José M. Conde.

Entre bolistas.

Carta primera:

«Muy señor mío: Acabo de hacer liquidación de este mes. Le ruego a usted que me mande los días a que asciende la diferencia.»

Carta segunda:

«Mi buen amigo: No tengo un céntimo. En este mundo unos de

adornos pagan y otros no; ahí tiene usted la diferencia.»

K. Pillo.—Valencia.

Un ciego nega una formidable paliza a su mujer y le llevan al juzgado.

El juez.—¿No le da lástima pegar de esa manera a su mujer?

El ciego.—No, señor juez, porque solitas que no ven coraón que no sienten.

Géminis.—Meilla.



—¿Cuál es el panadero que fabrica el pan más barato?

—El de Valde-la-masa.

Manuel Menéndez.—Madrid.

El pollo.—¿Qué edad tiene usted?

La jamona.—Éche la cuente. Na, en el novena y nueve.

El pollo.—¿Antes de Jesucristo?

Libero.—Madrid.

El colmo de un tenor que ha perdido la voz:

Adquiriría por diez céntimos.

Isape.

Dicen que Vicente tiene muy buen diente...

—¿Porque como mucho?...

No, amigo Manolo.

[Porque se lo limpia con Licor del Pólo.

En un restaurant, entre dos familiares, uno madrileño y el otro pueblerino, después de haber comido copiosamente.

El madrileño.—Ahora tomaremos un taxi.

El del pueblo.—Cá, hombre, yo ya no como más.

Rafael Torres.—El Pardo.

En la escuela.

El maestro.—¿De qué color es la Bandera Española?

El alumno.—Roja y verde.

El maestro.—¿Verde?

El alumno.—¿I qué! dá.

José Juste.—Benasque.

El colmo de un torero: Torcer con una capilla ardiente.

Juan P. R.—Las Palmas.



El novio al antropólogo que ha matado a su prometida.

—¡Pobre Lola, me iba a casar con ella muy pronto.

El antropólogo.—No llore, yo le daré la mano.

R. Mayorga.—Madrid.

En la almohada.

—¿Cuánto cuesta esta cuersa?

—Diez pesetas.

—Me parece muy cara.

—Tenga en cuenta que se la doy con queso.

Naíl.—Madrid.

Entró en una camisería un mozo de cuerda y preguntó al dependiente: ¿Tiene usted puños?

El dependiente.—Sí, señor.

El mozo.—Pues haga usted el favor de salir y ayúdame a cargar este baúl.

A. P. C.—Sevilla.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

INDRA PERLA

LA CASA MÁS SURTIDA

AL TODO DE OCASIÓN

FUENCARRAL, 45

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO



- ¿Quién es ésa a quien has saludado?
—Mi vecina.
—Pues no te ha devuelto el saludo.
—Nunca devuelve nada.

(London Mall, Londres).

VELLO

DESAPARECE
INMEDIATAMENTE
CON ELDEPILATORIO
GVIDOR

INOFENSIVO E INODORO

Estuche, 6 pesetas

PIES

AGILES Y JUVENILES
PROPORCIONA
EL

PÉDILUVE

GVITOR

SALES MINERALES PERFUMADAS

Estuche, 3,75 pesetas

EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

Concesionario: PEDRO SUÑER.—Sicilia, 23, BARCELONA

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y extienda siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza. Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni peligro para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter. Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negra, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis. LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y firmeza envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza. Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza. Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza. CREMA ALMONDROLINA. Es la reina de las cremas. Complacé a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran firmeza, hermosura y juventud. La CREMA ALMONDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar el cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS. A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndolas su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin sentirlos, les da color y vida. Es inofensiva hasta para los berpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Havana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 886	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TÉLEFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

MADRID

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

BUEN HUMOR



EN EL CABARET

Dib. BILBAO.—Madrid.

—¡No se marche usted tan pronto!

Avistamiento de Madrid
—¡No se marche usted tan pronto!

—¡No se marche usted tan pronto!